



MADRE
Erika Martínez
TXT MADRE, 10/2018

HUNDIR EL TENEDOR

¿QUIÉN quiere echar en el carrito de la compra un alimento con retina? Hay paz en las bandejas transparentes de carne procesada.

Un plato de comida es abstracto. El corazón de una musa, grotesco (qué ruido hace el desagüe sensiblero de su tórax).

A menudo me repito: debo quitar yo misma la vida que me nutre. Pero siempre confundo el protocolo.

Mi madre desnucaba a los conejos que sus pacientes nos regalaban. Creo en la feminidad de su poética y en la fiesta de aquello que respira.

¿No tiene el karma forma de joroba?

Escribir da tanto miedo como hundir el tenedor en algo que te sostiene la mirada.

TRAMPOLÍN DE LO QUE FALTA

DE la montaña que nos vedaron bajan hombres enloquecidos agitando sus manuales de razón trascendental. Ignorarlo es agacharse como un desclasado frente al espejo.

Quisiera un apartamento incómodo en todos sus rincones, decorar con obstáculos. O vivir un tiempo a oscuras, no exactamente abandonada.

Me acuerdo de aquel fotógrafo que compró unos infrarrojos la noche que retransmitieron el bombardeo de Bagdad. Y volvió a su casa y apagó la luz y se retrató a sí mismo con ellos.

Mi madre, que cocinaba de oído, se fue quedando sorda. Antes de sentarme a escribir, me gusta probarme su tímpano cansado.

PRUEBAS CIRCULARES

JUGAR a las muñecas supone la primera performance de tu vida. Diferentes mujeres representando dentro de ti las mismas escenas, renunciadas, caídas de párpados.

¿Desde cuándo se repite lo femenino, madre?

De niña me pidieron que escribiera las instrucciones de una yincana y solo me salían pruebas circulares porque jugaba por defecto al aro o a la comba.

No es lo mismo ir de un sitio a otro, como el balón a la meta, que permanecer en el centro de un giro. A quién no le gustaba proyectarse, lanzar una peonza.

Si insistes muchas veces en un solo movimiento, se produce un exceso que rompe el círculo o genera un aura de polvo: aquello que rebasa concierne a la lírica.

HALTEROFILIA

DE mi absurdo voluntarismo,
cultivado con saña en el gimnasio,
emerge una mujer
capaz de levantar
el peso de su padre y de su madre
en tan solo tres movimientos.

El ruido de los discos al caer
se esparce y reverbera
como una frase hiriente.
Vuela el polvo de magnesio.

¿Y el peso de los hijos
que no tienes?
Personas en posturas
muy poco naturales
se miran al espejo.

Un. Dos. Tres. Voy.

EL AIRE DE LAS INCUBADORAS

ESTOY buscando una manera de tocarte,
algún lugar en ti que disimule,
no sienta ni transmita con el tacto
(mi dedo recorriendo tus cejas,
como un niño con neurosis
que no se sale de la raya,
o el cuarto creciente de tus uñas
y su lirismo fósil). Las células que fueron.

¿Has visto a esas mujeres clandestinas
que hay en la noche de los hospitales
tratando de sacarse leche con una máquina?
Miran fotos de bebés mientras la luz
atraviesa el aire estéril de las incubadoras.

Ahora quédate quieto, será como si nunca.
Voy a tocarte y no vamos a notarlo.

MUEBLE, BICHO, MUERTO

En mi pupila izquierda hay una madre
en zapatillas que pregunta:
¿Y yo qué soy? ¿Un mueble?
¿Un bicho? ¿Un muerto?
En la derecha se arrastra
un pequeño animal invertebrado.

Fuimos capaces de colectivizar
la muerte antes que el amor
y, en venganza, expropio recuerdos ajenos
siempre que tomo grandes cantidades de algo.
Ahora que parpadeo puedes ver mi colección.

Por más que limpie, suelen quedar
encima de la alfombra
dos montoncitos de arena:
lo que piensas de mí y lo que pienso de ti.
Alguien llama a la puerta y al abrir
irrumpe una carrera de caballos.

NULÍPARA

Si soy nulípara,
la vida que retengo
no destruye la vida.
¿Sí? ¿No? ¿Correcto?